

Cultura

SUPLEMENTO DE LA NUEVA ESPAÑA
Jueves, 2 de abril de 2015

CORRESPONSALES Y ENVIADOS



El espíritu de Dunquerque

Augusto Assía retrata a la sociedad inglesa de la Segunda Guerra Mundial en sus crónicas desde Londres



LUIS M. ALONSO

Leyendo las crónicas que Augusto Assía escribió desde Londres para "La Vanguardia", durante la Segunda Guerra Mundial, me acordé de un viejo amigo de la familia que solía reverenciar el carácter irreductible de los ingleses cada vez que se presentaba la ocasión. "En situaciones límite conviene tenerlos al lado, sólo ellos saben reaccionar como es debido", decía. Ponía como ejemplo, entre otros, el espíritu de Dunquerque que, tras la derrota, llevó a los británicos a la férrea determinación de resistir a los enemigos para posteriormente golpear.

Cuando yunque, yunque y Cuando martillo, martillo, que ahora publica Libros del Asteroide en un único tomo y en un intento más de recuperar a los grandes del periodismo español, resumen perfectamente ese coraje, no sólo durante el tiempo del Blitz sino en la guerra ofensiva que siguió. No son exclusivamente unas crónicas de guerra pero sí las de un pueblo que como primera respuesta a los ataques se negó a que el enemigo le privase de su vida y sus costumbres. Por ese motivo, el corresponsal se empeña en recoger a través de la actualidad esa normalidad heroica, en la que están presentes en un primer plano los hábitos de una sociedad capaz de ejemplarizarse en el padecimiento sin renunciar a algunos de los placeres eduardianos.

Pero para entenderlo conviene empezar por el espíritu de aquellos soldados que regresaron a casa después de

una soberana tunda empeñados en revertir el signo de las cosas, y a los que sus compatriotas con un entusiasmo y un civismo envidiables salieron a buscar en yates, veleros y hasta en chalupas, fletados desde el Támesis. En la debacle de Dunquerque, hay que hacerle caso a Assía, la primera cuestión a distinguir es la suerte de los franceses y belgas, por un lado, y la de los ingleses, por otro. De los primeros se podrá decir que fueron aniquilados, de los segundos simplemente que sufrieron una derrota. La disciplina y la paciencia para evitar la desbandada hizo que los restos del magnífico ejército expedicionario inglés se pusieran en pie para formar de inmediato y desfilar hacia sus destinos entonando canciones bélicas. Ello inspiró a Churchill aquel discurso patriótico ante los Comunes del que era fácil deducir hasta qué punto Inglaterra no estaba dispuesta a rendirse.

Durante muchos años en mis sueños de adolescente sobrevoló el espíritu de Dunquerque. Cruzar el Canal significaba penetrar en un mundo diferente. El mar, más aún que para nosotros los Pirineos con respecto a Francia, era como un abismo que separaba dos formas de conducirse, no sólo en cuanto a los coches que circulaban por la izquierda en la isla y por la derecha en el continente. Los ingleses comían cosas distintas, vestían de distinta manera, se regían por otras leyes y aplicaban otras medidas. Gran Bretaña olía diferente, los escolares iban uniformados, las cabinas para llamar por teléfono eran como una atracción de feria y los autobuses de dos pisos despertaban nuestra curiosidad. Pero por encima de todo ello estaba la leyenda forjada por el imperio, la grandeza y el mito heroico de la

libertad insular. En los años sesenta, el Reino Unido, abrazó la modernidad haciendo de Londres una ciudad aún más atractiva por su derroche de contrastes entre lo viejo y lo nuevo.

Una frase célebre, "la batalla de Waterloo fue ganada en los campos de juego de Eton", explica en cierto modo la exaltación del espíritu británico en cuanto a los preceptos morales que guían a sus hijos. Las palabras se atribuyeron, entre otros, al duque de Wellington, gran protagonista de la contienda. Con ellas se quiere dar a entender que Eton, con una enseñanza inspirada en Oxford y Cambridge, además de enderezar el rumbo académico de futuros aspirantes a títulos forja también hombres. No sólo en su carácter sino físicamente. Allí tradicionalmente se han inculcado a través de los deportes, el juego limpio y el espíritu de equipo. Esa fuerza es la que pesó de forma decisiva, según la frase, para que las tropas británicas se impusiesen a la Grande Armée en Waterloo. Otro aforismo recurrente, "los ingleses pierden todas las batallas salvo la última", acuñado por un político griego anglófilo, Eleuthérios Vénizé-

los, sirve para resumir ese ánimo indomable de superación frente a las dificultades, aunque en la historia resulte sólo válida para la contienda angloboera y las dos guerras mundiales.

Augusto Assía, seudónimo de Felipe Fernández Armesto, es uno de esos periodistas extraordinarios que merece figurar en un cuadro de honor junto a otros que le precedieron en el oficio como Gaziel, Pla, Camba, Corpus Barga y Chaves Nogales. Gallego, de Orense, llegó a Londres rebotado de Berlín donde había sido expulsado por los nazis, molestos por sus puntos de vista sobre el nacionalsocialismo. Sobre él llegó a recaer incluso la sospecha de que pudiera ser Garbo, el agente doble que engañó a los alemanes acerca del lugar donde se iba a producir el desembarco aliado. Pero por ese tiempo, Assía era ya el único corresponsal español en la capital británica. Con sus artículos levantaba ampollas entre los miembros más germanófilos del Gobierno franquista, que se mostraban indignados por la convicción con que se expresaba sobre el triunfo final de Inglaterra. Sus crónicas están escritas con tanta soltura como precisión y claridad. Por ellas desfila toda una nación, su sistema escolar, las leyes, las modas, la agricultura, la misión de los *speaker* en los Comunes, la medicina, las huelgas de la minería, Westminster, los *gentleman*, los sastres de Saville Row y sobre, todo, la razón moral de un pueblo para no rendirse que se desprende de cada relato que el corresponsal envió a su periódico entre 1939, cuando Londres quedó a oscuras, y 1945. Gracias a ellas se comprende por qué la anglomanía jamás dejó de ser una fascinación compartida por muchos, desde el cigarro de Churchill a la corbata del Clare College.



Cuando yunque, yunque. Cuando martillo, martillo

AUGUSTO ASSÍA
Libros del Asteroide,
2015, 480 páginas,
24,95 euros